

## EL SUELO URBANO

El problema del suelo urbano se ha agravado por el crecimiento monstruoso de las grandes ciudades, el hacinamiento de sus habitantes y la vituperable especulación sobre el valor del suelo, tres fenómenos que, coincidentes, han creado dificultades insuperables mientras siga imperando el sistema fiscal vigente. Son ejemplo de ello la crisis de la vivienda y el mal estado de algunos suburbios, vergüenza de la civilización.

Las cargas asumidas por los ayuntamientos a consecuencia de tales problemas son superiores a sus recursos y, además, crecientes. De manera que, mientras siga el proceso actual, cuyo origen recae en el progresivo aumento del valor del suelo, no puede haber ninguna esperanza razonable de que aquellas cargas disminuyan. Y si, para hacer frente a ellas, los ayuntamientos contraen empréstitos o imponen arbitrios, aumentarán los precios de las cosas necesarias para subsistir, entre ellas la vivienda, y agravarán la situación de las clases pobres, a pesar de disminuir los recursos de las clases ricas.

Para hacer frente a tales necesidades y empezar a rectificar un sistema que tantos daños origina, los georgistas no pararemos de proponer, hasta que se nos escuche, que el Estado y los municipios supriman los impuestos sobre las edificaciones y otras mejoras y, a cambio, graven el valor de los terrenos.

No lo proponemos como una simple reforma fiscal. La propuesta es más ambiciosa: lo proponemos como una reforma social. Tampoco lo proponemos como uno de los remedios posibles, ni como el mejor remedio, sino como el ÚNICO remedio a estos agobiantes problemas urbanos que se manifiestan visiblemente tanto en la falta de recursos municipales como en la escasez y alto coste de viviendas decorosas para jóvenes parejas y multitud de trabajadores, del país o inmigrantes.



**Centre d'Estudis  
d'Economia Política Natural**  
(GEORGISTES DE CATALUNYA)

**Fora monopolis!  
Fora impostos!  
Fora pobresa!**

Correspondència:  
Apartat Correus 1028. 08080-Barcelona

Circular n.º 93

Mayo 19

## ECOLOGÍA Y ECONOMÍA

Opina el escritor J. M. Espinàs que "el ecologismo es un egoismo o afirmaciones demasiado simples". Nosotros creemos que, tanto el egoismo como por altruismo, convendría que, más que teniendo que confiar en el apoyo popular, el ecologismo recibiese el soporte de autoridades, mediante medidas presididas –si no es pedir mucho– por sentido común de aquéllas.

Quizá por la proximidad del fin de siglo, se oyen frecuentes avisos apocalípticos sobre los daños que causa la contaminación. Es posible que algunos sean exagerados, pero no estaría por demás que consideráramos cuidadosamente.

Peligros como los de las centrales nucleares, el agujero del ozono, la destrucción de la Amazonia y otros de similares, quedan muy distanciados de lo que la gente puede hacer. En cambio, depende de la acción humana cada cual solucionar otros problemas que, aun siendo de menor envergadura, tienen también su importancia.

Por ejemplo, las pilas usadas. Sobre todo las que contienen mercurio, del que bastan unas cantidades muy pequeñas para ocasionar la terrible enfermedad de Minamata.

Es fácil depositarlas en los recipientes dispuestos para este fin ¿no? Pues con la misma despreocupación con que los fumadores echan colillas por todas partes, las pilas son echadas en cualquier lugar y, por una desconocida razón, a menudo en los alcorques de los árboles.

También hay recipientes destinados a recoger vidrio. Al parecer hacen posible una notable recuperación... pero siguen viéndose vidrios y botellas por los suelos o echados en los contenedores de basuras.

Acerca de las basuras, ha habido una curiosa evolución. Antaño los basureros pagaban una cantidad al ayuntamiento por la concesión de la recogida de basuras, que ellos dedicaban, en parte, a la cría de cerdos y gallinas. Llegó una poderosa sociedad anónima y consiguió el monopolio de aquel servicio, eliminando así a los antiguos basureros. Al cabo de unos años, arguyendo que perdían dinero en ello, no sólo dejaron de pagar por la concesión del monopolio sino que lograron que el ayuntamiento les subvencionara por el servicio. El ayuntamiento, para compensar este gasto, creó el impuesto sobre recogida de basuras.. y lo cedió, para que, en su nombre, lo recaudara una entidad privada dedicada a este negocio.

Es evidente que, toda vez que la recogida y eliminación de basuras cuesta dinero y que su reciclaje crea puestos de trabajo y permite recuperar riqueza, es una cuestión no ajena a la Economía.

Se tienen noticias de empresas que van a dedicarse al reciclaje de desperdicios y a la destrucción de los no aprovechables. Esto está muy bien. Pero hace falta algo más: que las basuras sean debidamente seleccionadas y aportadas a estas empresas.

Si la selección han de hacerla voluntariamente los particulares, no puede esperarse un resultado muy satisfactorio. Es necesario ser realistas y pensar en una red de establecimientos intermedios en los que se ultime la selección y envío de los desperdicios a las empresas donde han de ser tratados. Y, además, que haya quien haga una primera selección y entrega de los desperdicios a tales establecimientos.

En realidad esto no sería nada totalmente nuevo. No hace muchos años, había quien recorria las calles ofreciendo comprar trapos, hierros, viejos, pieles de conejo... Los traperos, en sus carros o en sus tiendas, compraban de todo, incluso muebles. Las útiles actividades de estas

gentes fueron desapareciendo, arruinadas por la acción de monopolios, el alto coste de terrenos y alquileres, los siempre crecientes impuestos y las trabas burocráticas.

Crear centros oficiales que sustituyeran a estas antiguas formas de prestar servicio costaría dinero. ¿Pero acaso puede descuidarse la salud pública, si cuesta dinero?

Por otra parte, aun cuando se afirma que hay déficit en presupuestos públicos, véase como se despilfarró el dinero en algunos capítulos. Por ejemplo, con la edición a todo lujo -en papel no reciclado- de alta calidad- de publicaciones innecesarias y sin más fin que la propia propaganda.

Estos dineros, y otros que se podrían desviar de gastos superfluos podrían servir para subvencionar a los citados centros para que puedan pagar los precios que se establecieron por los desperdicios que les entregados debidamente seleccionados. Esto estimularía a mucha gente a colaborar voluntariamente en la limpieza de la ciudad, por el premio que podrían sacar de ello. Quizá incluso permitiría reducir el número de contenedores de basuras, molestos y causantes de ruidos nocturnos al ser vaciados.

